

EL VUELO DE LA MARIPOSA

CUENTOS FANTASTICOS PARA NIÑOS Y JOVENES.

ANIBAL ALVAREZ PEREZ.

Uno

El pequeño Dudú

.

Me crié con mi abuelo Pedro que jamás olvidó esta historia ocurrida en una de mis inolvidables vacaciones.

No tuve la dicha de conocer a mis padres porque siendo muy pequeño murieron en un accidente aéreo.

Mi abuelo era alto, delgado, canoso, de tez clara, ojos azules y rostro con pocas arrugas. Su andar ágil y su vigor el de un hombre más joven. Era inteligente y leía libros de todo tipo.

Mi abuelo vivía orgulloso de mí. A todos sus amigos les decía que yo era un chico muy bueno y educado e inteligente y por eso yo no hacía muchas maldades que pasaban por mi mente.

No pretendo hacer mi biografía, sino contar cosas que a me sucedieron que no le han ocurrido a otros muchachos de mi edad; parecen insólitas e irreales pero son verdades.

Mi primo Julito tenía trece pero parecía tener menos porque era medio tonto, miedoso y a nada extraño o misterioso le encontraba explicación. A pesar de todo, en la escuela era muy buen estudiante y con muy buenos resultados en los exámenes.

Nos gustaba mucho programar excursiones, casi siempre a las cuevas que estaban en las lomas un poco distantes de donde vivimos; a los montes a cazar, a la playa a nadar y protagonizar todo tipo de aventuras que nuestra imaginación era capaz de diseñar.

Mi abuelo me compró una lona impermeable de unos dos metros de ancho por tres de largo y con ella mi primo y yo hicimos una casa de campaña que armábamos en la arena cuando íbamos a la playa o en el campo en las excursiones y también en el fondo del patio inmenso que tiene nuestra casa. Ese era nuestro campamento de verano.

Alicia y Rosita, dos amigas nuestras y vecinas del barrio, se unían a nosotros y nos acompañaban muchas veces en las excursiones o los viajes a la playa.

Alicia y yo éramos como hermanos. Alicia es rubia; de ojos claros, de tez rojiza y labios entomatados. Parecía una muñequita rusa.

Rosita, en cambio, era su antónimo natural. Trigueña; de pelo lacio muy negro, ojos verdosos vivaces, medio gordita y entretenida. Era una muchacha alegre pero no como Alicia.

Julito y yo planificamos ir de pesca el día siguiente; domingo por eso el sábado por la tarde preparamos los cordeles y los anzuelos. En dos laticas echamos las carnadas

que no eran otra cosa que lombrices.

Por la tarde el cielo se nubló y fue como si la naturaleza nos hubiera puesto el dedo en la llaga. Yo enseguida pensé en mi abuelo. Nos hubiera dicho: "Si llueve no pueden ir a pescar" pero afortunadamente el viento espantó las oscuras nubes y de nuevo el sol salió.

Entusiasmados, nos levantamos temprano, desayunamos y después de escuchar el sermón del viejo sobre los cuidados y los peligros nos fuimos de pesca.

Unas veces mi primo pescaba tres o cuatro truchas, otras veces yo lo aventajaba. Ese día la picada estuvo mala y sólo pescamos una cada uno. Cansados, recogimos los cordeles y las truchas y los metimos en las mochilas.

Como la pesca fue pobre; sin las emociones de otras veces, decidimos ir a la Cueva nombrada La Lechuza y bañarnos en un charco que hay dentro de la misma donde sucedió lo inesperado.

En el centro de la cueva estaba esa piscina natural aguas son siempre muy frías y cristalinas.

El pequeño lago parece un espejo entre las piedras donde se reflejan las estalagmitas y la escasa vegetación formadas por helechos y bejucos.

Nos bañábamos con mucho, en el centro, era muy profundo y por eso nos limitábamos a nadar por las orillas.

Salíamos y entrábamos al agua. Estábamos tan entusiasmados que no nos dábamos cuenta de lo que sucedía; nuestras ropas estaban desapareciendo. Fue Julito quien se percató de eso.

Me dijo medio asustado:

_¿Mayito, dónde está nuestra ropa? _lo dijo mirando a todas partes.

Entonces me di cuenta de eso y me hice la misma pregunta. Miré al rededor queriendo encontrarlas pero fue inútil.

_Julito, alguien las escondió.

_Pero aquí no hay nadie mas que nosotros._me dijo peñasco, examinados los alrededores y caminamos con cuidado por lo resbaloso de las piedras y no encontramos nada.

Entonces nos sentamos y nos pusimos a pensar en lo sucedido sin llegar a conclusión alguna.

asustado.

Salimos del agua, nos paramos en un

Llevábamos unos minutos reflexionando cuando sucedió lo inesperado: escuchamos una risa larga y extraña que nos llenó de incertidumbre.

_Jl, ji, ji, ji...

Miramos a todas partes y no vimos a nadie.

De nuevo la risa que parecía de un extraterrestre.

_Ji, ji, ji, ji...

Estábamos tan asustados que sentimos el deseo de salir corriendo de aquella cueva. Julito se abrazó de mí y sentí que su cuerpo temblaba. Yo sentí miedo pero no tanto como él.

_¿Quién está escondido aquí?_pregunté y no hubo respuesta.

__¿Quién anda por ahí?_preguntó mi primo.

De nuevo la extraña risita.

_Ji, ji.ji.ji..._la risa ahora venía desde otro ángulo de la cueva. Era como si el extraño visitante se moviera de lugar a otro muy rápidamente.

Entonces mi primo, con los ojos desorbitados, temblando de miedo, me indicó con su índice derecho y balbució una palabra de golpe que penetró en mis oídos como un disparo de escopeta.

_¡ Mira!_dijo tartamudeando.

_¿Dónde?_pregunté ansioso.

_¡ Allí, mira para allí!_dijo indicándome con el índice derecho.

Miré, y cuando vi aquello pensé que me moriría del susto. No sabía si era realidad o ficción. Por momentos pensé que era una alucinación o la aparición de un extraterrestre.

Lo que teníamos delante de nuestros ojos, era una figura pequeña de más o menos medio metro de estatura. Su cuerpo tenía forma de un negro africano en miniatura. Sus ojos eran grandes e inquietos; parecían dos moscateles y su piel tan negra como las plumas de un cuervo.

_¡Es un diablo!_exclamó mi primo.

_ ¡Cállate, nos puede atacar!_le dije asustado.

_¡ Es un güije!_me dijo mi primo mirándome con los ojos desorbitados.

Mi abuelo una vez me habló de los güijes. El me dijo que eran unos diablillos con cuerpo de humanos que venían del más allá y le hacían maldades a las gentes. Decía él que estos seres disfrutaban escondiéndoles los objetos a las personas pero no le hacían daño alguno.

Me contó que una vez un güije se metió en la casa y no los dejaba dormir. Cuando ellos se acostaban los destapaba y le encendía las luces de la casa. Por las mañanas cuando mi abuela se levantaba e iba a colar café no encontraba el colador y cuando lo buscaban lo encontraban en el techo de la casa o en el latón de la basura. Al parecer ahora teníamos frente a nosotros uno de ellos.

_¡ Lánzale una piedra... espántalo! _exclamó mi primo acobardado.

_No. Si es un güije no nos hará daño_le dije recordando lo que me había dicho mi abuelo.

De repente el extraño personaje se fue acercando a nosotros hasta tenerlo frente a

frente. Se paró delante en silencio. Nos miraba y reía con la risita que escuchamos al principio.

Estábamos petrificados. El muñeco aquel no dejaba de reír y bailar. Movía la cintura de un lado a otro con las manos apoyadas en la misma. Sus movimientos eran graciosos. Eso nos hizo perderle el miedo y nos fuimos familiarizando con aquel fenómeno.

Entonces yo comencé el diálogo. Le hice una pregunta que para sorpresa mía me la contestó en español.

_¿Qué cosa eres; un diablillo, un güije, o un extraterrestre?

Dejó de reír y bailar y se acuclilló. De su boca, de labios gruesos muy negros, salió la primera frase:

_No soy nada de eso. Soy malabeño.

Con el seño fruncido le hice la otra pregunta.

_¿Ese es tu nombre?

_No. Yo era de Malabo. Malabo...bubis...Soy de Bioko.

Ni mi primo ni yo entendimos nada.

_No sabemos lo que dices. Explícate mejor._dijo Julito.

_Malabo...nacé allí.

_¿Eres un fantasma con ese nombre?_pregunté.

_No vuelvas a decirlo. No soy fantasma._dijo enojado _ soy de Bioko.

_¿Qué es eso, un país?_pregunté de nuevo.

_Es una isla de África. ¡Viva el Rey Malabo, hijo de Moka!_dijo eufórico. Los de allí nos dicen Bubi.

_No comprendemos mucho lo que dices, pero sabemos dónde está África. ¿Cómo te llamas?_le dije.

_No tengo nombre alguno... Bueno...

Nos gustaría decirte alguno dijo mi primo.

_Dudú. Soy el pequeño Dudú_dijo de golpe y dándose palmaditas en el pecho.

Nos gustó el nombre. No sabemos si lo inventó en ese momento o si tenía que ver con algunos de sus antepasados. Lo cierto es que nos dijo llamarse Dudú y Dudú se quedó.

El pequeño Dudú se puso de pie y fue hasta una inmensa piedra que estaba cerca de nosotros en la entrada de la cueva y nos trajo las ropas que había escondido allí.

Las colocó donde mismo nosotros las dejamos antes de meternos al agua. Entonces comprendimos que lo había hecho por maldad.

_¿Dónde vives, Dudú?_preguntó mi primo.

_Dónde estamos. Cuando me aburro me voy a otro lugar donde haya aguas y peces. A veces salgo y recorro muchos lugares pero no me ven. La gente no quiere nada

conmigo. Una vez trataron de cogerme unos estudiosos porque decían que yo era un animal de otro mundo o un güije. Yo no les voy a decir a ustedes todo lo que soy; no lo comprenderían.

¿Entonces, no tienes amigos? le pregunté.

_No. No puedo tenerlos.

¿Quieres ser amigo de nosotros? preguntó Julito.

Si, me gustaría. Vivo muy aburrido. en su oscuro rostro se dibujó la tristeza.

Ya eres nuestro amigo, Dudú. le dije entusiasmado.

Dudú rió y bailó de nuevo. Se veía contento, feliz. Nosotros también. Habíamos perdido el miedo y le habíamos tomado afectos a aquella criatura extraña.

Dudú revisó nuestras mochilas y vio que sólo habíamos pescado dos truchas. Nos dijo:

_¿Eso fue lo que pescaron?

Si le dije_, la picada estaba mala.

_Sígueme _ dijo y le obedecimos.

Salió delante, nosotros detrás. Salimos de la cueva y fuimos hasta el río. Cuando estábamos en la orilla, Dudú se lanzó al agua y estuvo sumergido un buen rato. Julito y yo pensábamos que se ahogaría pero no, después nos dimos cuenta que al parecer podía respirar debajo del agua.

Cuando menos lo pensamos empezó a lanzar truchas hacia fuera. Nosotros estábamos pasmados. Salía a la superficie y lanzaba una; se sumergía de nuevo, salía y lanzaba otra y así nos lanzó diez truchas. Nos pusimos muy contentos.

Metimos las truchas en las mochilas y le dimos las gracias a nuestro extraño y nuevo amigo. Estuvimos un rato más con él y nos despedimos de Dudú ya fuera del agua.

No queríamos irnos, pero se nos había hecho un tarde y mi abuelo seguro estaba preocupado por nosotros.

_Cuando quieran verme vengan a la cueva _ dijo Dudú.

Lo sabemos. Pronto nos volveremos a ver le dijimos.

Retornamos a la casa comentando todo el tiempo por el camino lo sucedido. Cuando llegamos se lo contamos a mi abuelo.

El reía a mandíbula batiente y nos decía que nos habíamos acostado a dormir en la cueva y habíamos soñado con "ese tal Dudú".

_Mayito, soy muy viejo para que me engañen. Esa historia es un poco extraña y están exagerando. Yo sé que los güijes han existido y que han hecho de las suyas, pero no como ustedes cuentan. No creo nada de lo que dicen _ dijo el abuelo y ríe a carcajadas.

A mi abuelo le llamó mucho la atención cuando mencionamos lo dicho por Dudú en cuando a Malabo y Bioko.

Como él había leído tanto nos explicó que Bioko era una isla que formaba parte del

territorio de Guinea Ecuatorial en África. Dijo mi abuelo que Malabo era uno de los principales lugares de Bioko.

En cuanto a Malabo, nos contó que fue un rey que hubo en Bioko. Ese asunto era lo único que a mi abuelo le extrañaba un poco de la historia que le contamos, porque mi primo y yo no sabíamos nada de eso porque los dos en Historia éramos regulares en la escuela.

Después se lo contamos a Rosita y a Alicia y éstas nos creyeron a medias. Nos dijeron que sólo nos creían si le ensañábamos al Pequeño Dudú. No le prometimos nada porque teníamos que consultarlo con él.

Dos

Dos días después de lo sucedido volvimos al río a pescar y para sorpresa nuestra allí nos estaba esperando el nuevo y extraño amigo.

Nos dijo que guardáramos los cordeles y las carnadas y nos sacó cuatro hermosas truchas. Después los tres nos fuimos para la cueva y nos lanzamos al agua.

Llevábamos un largo rato en el charco, y como el agua estaba muy fría, a Julio se le entumecieron los músculos y se encogió una cuerda tratando de atravesar de un lado al otro el charco.

Julito manoteaba en el agua desesperadamente. Yo estaba insultado porque mi primo estaba a punto de ahogarse. Si yo me lanzaba al agua a rescatarlo nos ahogaríamos los dos. Ya Julito había tragado agua.

_¡ Ayúdenme! ¡Me Ahogo! ¡Mayito, ayúdame!_gritaba desesperado-

Yo estaba tan nervioso como él, pero no podía hacer nada. Dudú se lanzó al agua y con la ayuda de una rama que había en el fondo del lago sacó a Julito salvándole la vida.

Mi primo estaba pálido. Tosía y respiraba con dificultad. Su cuerpo temblaba por el susto que pasó. Poco a poco se fue recuperando. Juró que jamás se bañaría en el lago. Entonces Dudú bailaba y reía. Se sentía contento por haberle salvado la vida a mi primo.

_Dudú, te agradecemos mucho lo que hiciste por mi primo. Le salvaste la vida._le dije-
Julito, asustado, le mostró su gratitud.

_Gracias, Dudú. Ahora eres más amigo nuestro que antes. Te defenderemos siempre. A nadie le permitiremos que digan que tú eres un diablito o que haces daño.

Mi primo, que de no haber sido por Dudú ahora estuviera muerto debajo de las aguas del charco en la cueva y yo, salimos rumbo a mi casa y cuando llegamos no nos atrevíamos a contarle a mi abuelo lo sucedido, pero por fin lo hicimos.

Mi abuelo se enfureció cuando supo todo lo ocurrido. Cuando le dijimos que el Pequeño Dudú había salvado a Julito nos dijo que lo estábamos engañando nuevamente y que lo hacíamos para dramatizar aún más el hecho.

Nos prohibió que volviéramos a la Cueva la Lechuza y como castigo nos prohibió salir de la casa por una semana.

En vacaciones un castigo así es cruel para cualquier muchacho de nuestra edad. De todas formas él tenía la razón.

Empezamos a extrañar a Dudú. Planificamos varias veces un plan de fuga para ir a verlo pero abuelo nos velaba. Pensábamos que Dudú también nos extrañaba y a lo mejor creía que no lo volveríamos a ver jamás.

Esa noche mi abuelo dormía y roncaba como la locomotora de un tren. Julito y yo no nos podíamos dormir.

Escuchamos un ruido en el patio y nos asustamos. Creíamos que había un ladrón. Sigilosamente nos levantamos y nos dirigimos a la cocina. Por una rendija que había en la pared de madera que daba al patio nos asomamos y para sorpresa nuestra vimos a Dudú muy encantado meciéndose en la hamaca que estaba en la terraza y donde mi abuelo dormía la siesta.

Abrimos cuidadosamente la puerta y lo llamamos. Afuera todo estaba oscuro.

__¡ Dudú! ¡Dudú!

El miró hacia la puerta y nos vio. Entonces su alegría fue tal que se puso a bailar como siempre lo hacía.

_¡ Ven, ven, pero no hagas ruido!_le dije bajito para que mi abuelo no se despertara.

El diminuto negrito entró y fue hasta nuestro cuarto. Lo miraba todo. Examinó la habitación iluminada por una débil bombilla que daba una luz amarillosa y se subió a mi cama.

Se acostaba, se ponía de pie sobre ella y bailaba y bailaba demostrando que estaba alegre porque nos había encontrado y porque por primera vez estaba sobre una cama.

_¿Qué les pasó, amiguitos?_preguntó sentado sobre las sábanas y con las pequeñas piernas cruzadas.

Julito le contestó:

_Estamos castigados por el abuelo. Nos prohibió salir de la casa. Tampoco podemos ir a la cueva ni pescar.

_Mi abuelo es así, pero no es malo.

_Si me descubre...

_No te preocupes. Estarás con nosotros. Te mantendremos escondido aquí en el cuarto.

__Sus ronquidos parecen los bramidos de un toro._dijo el Pequeño Dudú y sonrió con su diminuta boquita negra .

_Estamos acostumbrados a sus ronquidos. Otra persona no pudiera dormir en esta casa. Bueno dormirás con nosotros.

_Yo nunca he dormido en esto. Yo vivo en el monte y las aguas. Allí duermo felizmente.

Convencimos a Dudú y se acostó en mi cama. No podía asegurarlo porque me quedé dormido, pero pienso que él también se durmió.

Temprano en la mañana, como de costumbre mi abuelo se levantó, hizo el café y después nos lo llevó a la cama. De no haber sido porque Dudú estaba metido casi debajo de mí, lo hubiera descubierto.

Dudú, haciendo mil muecas tomó de mi vaso. Era la primera vez que lo hacía.

Mi abuelo preocupado porque no abríamos la puerta del cuarto, de vez en vez tocaba en la misma y le decíamos que estábamos leyendo. Los tres hablábamos bajito para que no descubriera a Dudú.

Al mediodía nos llamó a almorzar y dejamos al amigo escondido debajo de la cama. En la tarde, cuando nos llamó a comer hicimos lo mismo. Estuvimos haciéndolo dos días pero mi abuelo comenzó a sospechar que algo raro estaba ocurriendo y a casa rato nos lo daba a conocer.

Aquí hay gato encerrado. Algo raro está sucediendo y tienes que decírmelo, Mayito. me dijo un mañana muy enojado.

_No pasa nada, abuelo. Como tú nos prohibiste salir nos pasamos todo el tiempo leyendo y haciendo cuentos que inventamos.

Como él nos conocía muy bien pensó que lo estábamos engañando y a partir de ese día iba a mi cuarto a cada rato lo que nos ponía en aprietos porque teníamos que esconder a Dudú. Nos poníamos tensos y nos asustaba la idea de que el abuelo lo descubriera y le hiciera daño.

Convencimos a Dudú que se fuera y que nos esperara en el río pues el castigo había llegado a su término y con el pretexto de que iríamos a casa de nuestras amiguitas Alicia y Rosita iríamos al río a encontrarnos con él.

Así lo hicimos una y otra vez. A mucho ruego de nuestras amigas tuvimos que llevarlas para que lo conocieran.

Les advertimos que a la más mínima burla no las perdonaríamos y jamás lo verían. Ellas, cuando lo vieron por primera vez se impresionaron mucho pero luego les resultó simpático Dudú e hicieron amistad con él.

El Pequeño Dudú se sentía muy feliz porque ahora tenía dos amigas. Los cinco caminábamos por el monte, nos sentábamos a escuchar los relatos que nos hacía Dudú de sus ancestros y su tierra y nunca le preguntamos cómo llegó a esta tierra ni de qué manera. Siempre nos abstuvimos de indagar sobre su actual existencia.

Todo marchó bien hasta que la tonta de Rosita les contó a sus padres lo que ocurría y éstos, a su vez, a otros vecinos. La noticia de la existencia del Pequeño Dudú se diseminó por todo el pueblo.

Como siempre ocurre se tejieron mil versiones; unas buenas y otra malas y muchas personas comenzaron a sentir miedo porque decían que era un diablo o un güije malvado que podía causar muchos daños.

Nosotros entonces teníamos que encontrarnos a escondidas con Dudú. El estaba muy triste por todo lo que estaba ocurriendo. Muchas veces íbamos al lugar de la cita y él faltaba.

Una noche en el pueblo hubo un incendio. Se hicieron cenizas la iglesia vieja de madera carcomida, varias casas y un establo. Nadie dijo que había sido porque hubo un corto circuito en un tendido eléctrico, no. Todos dijeron que había sido el diablillo nombrado Dudú.

Mi abuelo y varios hombres formaron una cuadrilla para buscar y capturar a Dudú. Varios días estuvieron buscándolo infructuosamente.

Nosotros, cuando podíamos, le avisábamos para que se escondiera.

Aquella búsqueda duró casi una semana. Una noche lo capturaron. Aquello causó tremendo escándalo en el pueblo.

